

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11
Por seis id. 21
Por un año. 40
Sale los miércoles y sábados: venta pública
os jueves y domingos.

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se
reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La
correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-
tracion. 15 reales.
Por seis id. 28
Un año id. 50
ESTRANJERO, tres meses. 30
ULTRAMAR, un año. 6 peseta.
Se suscribe en la Habana:—Propaganda lite-
raria, calle de la Habana, núm. 400.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado
costará un real más en Madrid y dos en pro-
vincias.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Consecuente GIL BLAS en su deseo de dar no-
vedades al público, prepara una muy gorda
para el número que se publicará el domingo
23 del corriente, que es la verbena de San
Juan.

La caricatura, que será alusiva á la verbena,
ocupará toda una plana y estará ILUMINADA
con brillantes colores (para que todos lo en-
tiendan), como nunca se ha hecho en España
en este género de trabajo, y como las mejores
del extranjero.

A pesar de los grandes gastos que nos oca-
siona, no aumentaremos el precio, lo cual
avisamos al público para evitar abusos de los
encargados de la venta.

Con este motivo advertimos á los vendedo-
res de provincia que sus pedidos extraordina-
rios se recibirán solo hasta el dia 20, por la
imposibilidad de aumentar la tirada una vez
hecha la iluminacion del dibujo.

Y á los vendedores de Madrid advertimos
tambien que encontrarán el número de ese
dia en el sitio y hora de costumbre, pasada la
cual, aunque se agote la venta, no podremos
hacer nueva tirada como otras veces.

LO QUE CORRE POR AHÍ

Las conversaciones de unos cuantos sobre si
con los frailes nos podriamos ahorrar ó no la
Guardia civil, son de tan escasa importancia,
que el resto de las gentes apenas se han dignado
concederles un momento de atencion.

Yo, que no soy jóven ni viejo, pero que á
fuera de buen español he vivido lo bastante
para tener un tio fraile, recuerdo apenas lo
que pasaba en aquellos venturosos tiempos.

Y hoy puedo decir á Vds. que me interesan
tan poco, que prefiero ver cuatro saltos en el
Circo de caballos á leerme una crónica de
esas que ponen de relieve las costumbres
pasadas.

A los que deseen datos históricos les recomiendo
la lectura de un bellissimo artículo firmado
por X y publicado en El Imparcial.

Tuve un tio fraile. ¿Y qué? Era mi tio y lo
queria como-tio. ¡Ah! ¿Quién no ha tenido
la desgracia de querer muchas cosas?

Mi tio habia sido guardian en un convento
de franciscanos, y cuando el mutis general,
se nos vino á vivir á casa, donde al poco
tiempo nos dejó la misera envoltura ter-
restre y se fué á vivir con los ángeles.

Recuerdo que algunas noches me echaba
un sermón, diciéndome entre otras cosas:

—Mira, sobrino, en mala época vienes
al mundo. Esto está perdido. El desenfreno
aumentará á tal punto que nada será
respetado; ni hacienda, ni honor, ni
familia. Cuando nosotros estábamos en
el convento, el pueblo parecia una balsa
de aceite. Apenas habia que lamentar
un robo cada semana. Ya verás, ya
verás lo que sucede en adelante.

Y en adelante sucedió... siento mucho
tener que desairar á mi tio el fraile, pero
no hay remedio.

Sucedió que en cuanto se presentó en
mi pueblo la primera pareja de Guardia
civil, no se pudo encontrar un robo para
un remedio.

Afortunadamente, mi tio el fraile se fué
al cielo con sus ilusiones, sin tener que
llorar este amarguísimo desencanto.

Todas esas grandes partidas de bandoleros
que con sin igual fortuna han vivido en
España hasta hace poco, ¿qué se han
hecho?

La verdad es que nuestros bandidos no
llaman ya la atencion en Europa, y nadie
se cuida de ellos cuando emprende un
viaje.

En vano han querido darles vida los
autores de piezas andaluzas; los bandidos
no han pasado del teatro.

En cambio Nápoles y Sicilia han gozado
hasta ahora de ese privilegio; y los ingleses,
que deseaban ver ese espectáculo, nos
han abandonado por irse á Italia, donde
se encontraban una partida al volver de
cada camino.

Pero de un año á esta parte, Nápoles,
la desgraciada Nápoles, une su voz también
á la nuestra para regocijarse por la ausencia
de sus tradicionales bandidos de Calabria.

En último resultado, si les parece á Vds.
poético el espectáculo de los bandidos,
con sus pintorescos trajes, sus caballos
y sus majas enamoradas del capitán y
dando calabazas al teniente que, celoso,
procura vengarse de su rival,—bastante
tenemos con los que nos presentan de
vez en cuando las pantomimas de los
circos de caballos.

Son los únicos bandidos tolerables hasta
cierto punto, porque tiene uno el consuelo
de silbarlos si lo hacen mal, y nada impide
que despues se vaya Vd. á cenar muy
tranquilo en paz, en gracia de Dios y
del empresario.

Quizá la compañía pantomímica de Chiarini
y subditos mártires, que hoy funciona en
el teatro de Rosini, nos dé alguna muestra
de este género; aunque difícilmente
olvidaremos aquellas tumultuosas escenas
del circo de Price, en que se cortaba un
puente para que los bandidos lo saltasen
en sus caballos con aplausos de los
hombres de orden y regocijo de las débiles
mujeres.

¡Ah, qué noches de tanta alegría, Dios
poderoso!

Primero solia aparecer en escena una
señorita con el vestido largo, hija de un
gobernador ó cosa así. En seguida se
presentaba su amante, que era un oficial
muy bien formado y llevaba un sable
arrastrando por el tablado. Cuatro
brincos á tiempo nos ponian al corriente
de que se amaban; pero cate Vd. que
cuando iba á efectuarse la boda, un
bandido, disfrazado de fraile, penetraba
en la casa y se llevaba á la chica por
aquellas montañas que era una bendición.

Aquí empezaba el jaleo. El militar
juntaba su tropa, y levantando los brazos
con ademán amenazador, parecia decirle:

—¡A ellos, muchachos!

Y todos montaban en sus caballos, que
sabian ya de memoria el papel.

Por su parte, los bandidos no se
descuidaban tampoco, y se apoderaban
de la montaña. Poco despues empezaba
el tiroteo, y todos á caballo subian y
bajaban desde el Circo á las bambalinas,
teniendo mucho cuidado de no alcanzarse
para que la ilusion durase el tiempo
marcado por la música de figle y bombo
que animaba á los combatientes.

Llegaba la escena final. La chica
volvía algo estropeada y con la cabellera
tendida á poder del amante, el capitán
de bandidos moría, y la luz de bengala
iluminaba con fantásticos resplandores
hombres y caballos, bailarinas y soldados.

¡Esos, esos eran bandidos de ley!
¡Luchas, puentes y montañas, caballos,
disfraces, muchachas con trajes cortos,
y al final la virtud triunfante y el crimen
castigado!
¡Qué triunfo, y qué gloria!

Luis Rivera.

TEATROS

TEATRO DE ROSSINI.—El diablo verde y La
flauta encantada, pantomimas en un acto,
representadas por la compañía mimico-
fantástica del Sr. Chiarini.

Nadie me negará que el hombre es un
animal social. Para prueba de su sociabilidad,
ahí están sin ir más lejos las Sociedades
de crédito que toman dinero al 14 por
100.

Ahora bien; en toda sociedad, lo primero
es que los socios se entiendan. Para eso
sirve el lenguaje.—«Hablando se entiende
la gente,» dice un refrán, lo cual es una
verdad como un templo, por más que en
la práctica tenga esta regla sus excepciones,
como todas. De poco nos serviría sentir,
pensar y querer, si cada fenómeno afectivo,
intelectual ó moral no fuese acompañado
de su correspondiente signo expresivo que
lo pusiera en conocimiento de nuestro
prójimo para los efectos consiguientes.—
Tenga Vd. hambre (lo cual en el día es
cosa bastante comun); tenga Vd. dinero
(lo cual no es ya circunstancia tan ordinaria);
tenga Vd. á la vista el escaparate de
Lhardy ó el comedor del Armiño; y como
no se le ocurra modo de expresar su
deseo, ya puede usted resignarse á morir
de inanición, ni más ni menos que el
mismísimo conde Ugolino, de famélica
memoria.

Esto es tan claro como el sol, y bastante
más claro que las lámparas económicas de
Mille.

Queda, pues, probado que el lenguaje es
cosa indispensable para vivir en sociedad.

Pero hay muchas especies de lenguaje,
y yo, por mi parte, voy convenciéndome
de que el más inútil de todos es la
palabra hablada ó escrita.

Bajo el punto de vista económico no
puede haber discusión en esta materia. Si
alguien abriga la menor duda, compare
lo que gana un catedrático explicando por
espacio de hora y media cada dia, con lo
que gana una bailarina danzando por
espacio de diez minutos cada noche. Es
asunto de números, y una simple resta
demostrará lo que va del lenguaje de los
labios al lenguaje de los pies.

Considerado el punto de otra manera
más filosófica, no es menor la diferencia.—
Yo no sé quién ha dicho que la palabra,
más que para descubrir los pensamientos,
sirve para ocultarlos. Y en efecto, cuando
Zorrilla dice que «las nubes recorren las
cóncavas llanuras» del cielo; cuando
afirma Olona que «la noche sombría nos
infiunde misterio y valor;» cuando ase-
gura Sanz del Rio que «en Grecia se
desarrolló la semilla de la muerte al dia
siguiente del florecimiento, en la esfera
política... sosteniéndose (la susodicha
semilla) en algunos resplandores aislados,»
¿quién dudará que la palabra puede servir
para guardar las ideas de modo que no
las descubra un agente de la ronda
secreta?

Por fortuna, no es la palabra el único
medio de expresión que ha concedido al
hombre la sabia naturaleza. Entre otros
varios, tenemos el lenguaje de acción,
más

claro á veces, y siempre más universal que el lenguaje articulado.

Ejemplo:

Cojan Vds. al filósofo más razonador y más llano: á Stuart Mill, si les parece bien; métenlo en el Circo del Príncipe Alfonso, y háganle explicar (en inglés ó en castellano, es igual) los mejores párrafos de su *Lógica*, *verbi gratia* la teoría de la inducción. Sin ser profeta me atrevo á jurar desde ahora que una parte del ilustrado público (dos ó tres oyentes por lo ménos) se quedarán en ayunas del asunto.—Pues bien: cojan Vds. despues al acróbata que más les cuadre, al Mallorquin por ejemplo; llévenlo á la universidad de Oxford ó al Colegio de Propaganda Fide; encarámenlo en un trapezio á veinte varas del suelo; hagan que en lo mejor de la operación se rompa una cuerda y caiga de cabeza el atleta sobre el mullido suelo con arreglo á las leyes de la gravedad. De seguro ni un solo espectador deja de comprender que el acróbata se acaba de romper el bautismo.—Véase aquí palpablemente demostrada la superioridad del lenguaje de acción. Para él no hay diferencia de públicos: todos lo comprenden al punto, sin previo estudio gramatical.

Nuestro siglo, que tiende á borrar las distinciones de pueblo á pueblo para fundir en una sola familia todas las razas humanas, tiene, como es de suponer, una predilección muy señalada por este lenguaje tan universal. A eso se debe, según habrán Vds. observado, que mientras Romea suele trabajar para los acomodadores en ausencia del público, se amontona la gente sin miedo al calor en el circo ecuestre, en la plaza de toros y en el reñidero de gallos, verdaderas academias donde se perfecciona y pule cada día el lenguaje de acción.

Por eso también vimos, en la noche del sábado, lleno de bote en bote el teatro de los Campos Eliseos, donde inauguraba sus funciones la compañía mímico-fantástica del signor Chiarini.

Este espectáculo, nuevo en nuestro país según los carteles, se puede definir: una comedia sin palabras. Los que hayan visto las pantomimas más ó ménos complicadas del circo ecuestre, comprenderán desde luego que el cartel hubiera dicho con más propiedad: «espectáculo nuevo en nuestros teatros.» Pero no es cosa de disputar sobre palabras á propósito de un género en que no se usan.

Demóstenes (que por cierto no era mudo) solo reconocía tres cosas importantes en la elocuencia.

- 1.º La acción;
- 2.º La acción;
- 3.º La acción.

Con arreglo á estos principios, difícil será encontrar espectáculo más elocuente que el de las dos obras interpretadas el sábado por la compañía del signor Chiarini. No me meteré yo á referir su argumento. Por más que me humille confesarlo, debo declarar que no salí muy enterado de los motivos morales en cuya virtud se administran Arlequin y Crispin aquella interminable serie de cachetes. Esa es la única contra del lenguaje de acción: con él se expresan á maravilla los efectos más vehementes y las situaciones más violentas; pero en cuanto á las ideas un poco complicadas ya es otra cosa, y no sé yo hasta qué punto podría el mismo Quinto Roscio explicar con el gesto las categorías de Aristóteles ó la ley de inquilinatos.

A pesar de este leve inconveniente, creo que el nuevo camino abierto en nuestro teatro por la compañía del Sr. Chiarini puede conducirnos á grandes mejoras. Desde luego el género me parece digno de una gran parte del público español, y su aplicación muy conveniente á otra gran parte de nuestra literatura dramática.—Es posible que el *Hamlet* de Shakespeare y el *Heraclio* de Calderon perdieran algo interpretados por la compañía mímico-fantástica de los Campos Eliseos. Pero en cambio, considere Vd. cuánto ganarían con respecto á estilo las comedias de Camprón y las zarzuelas de Olona el día en que el Sr. Chiarini se tomara el trabajo de traducirlas en *lengua mímica*.—No hay duda, esta innovación puede dar excelentes resultados, y por mi parte, si algo me contrista, es considerar la dificultad de que se aplique tan saludable procedimiento á las novelas de Ivo Alfaro, á los poemas de Cervino, y á las obras completas de D. Torcuato Tarrago y Mateos.

Federico Balart.

LOS PÁJAROS Y LOS HOMBRES

Ahora que el editor Duran acaba de publicar ese interesante libro de Michélet que se llama *El pájaro*, háse-

me ocurrido dar á la estampa el más curioso acontecimiento que registra la historia del mundo de los volátiles.

Hace ya tiempo, no sé si poco ó mucho, vivía en frente de mi casa una niña bonita. Decían unos que era modista, otros que era actriz, y yo llegué á averiguar que no era ni actriz, ni modista, sino huérfana.

Cualquiera creerá que ser huérfana no es nada, pero yo he aprendido que á veces la orfandad es tan profesión como la costura ó el arte dramático, y que las huérfanas, cuando son ó demasiado bonitas ó demasiado sensibles, viven de eso, y aun de lo otro; y lo mismo les sucede á las viudas de cierto vuelo.

Como digo de mi cuento, vivía en frente de mi casa una huérfanita, que amaba con delirio á un señor prestamista y á un pájaro que tenía en una jaula colgada de la ventana; que es como si dijéramos que tenía dos pájaros.

De ventana adentro, yo no podía ni debía ocuparme de las cosas de la vecina; pero de ventana afuera, todas las cosas de la vecina creo yo que eran del dominio público.

Por eso no tuve inconveniente en ocuparme con verdadero interés de la vida privada del pajarito de la jaula.

La jaula estaba colgada de un clavo que en la ventana había; la ventana, que era de guardilla, con perdon de ustedes, tenía por debajo su correspondiente trozo de tejadillo, y sobre este tejadillo tenía la vecina unas macetas que en invierno estaban marchitas, pero que en verano estaban secas.

¿Y por qué estaban secas? ¿A que Vd., señor lector de mi consideración y aprecio, me pregunta, como buen español, que por qué estaban secas las macetitas?

Se lo habré de decir á Vd., si me guarda el secreto. Estaban secas, porque en cuanto quisieron florecer, dió en venir un pájaro sobre ellas y las destrozó con la mayor delicadeza del mundo.

—Y aquí empieza la historia.

El pájaro que había en la jaula... no era pájaro, sino pájara.

Es decir, que aunque parecía canario, era canaria. Y ahí tiene Vd. por qué no puede uno fiarse de las apariencias.

Era, pues, una canaria, y de conducta un poco sospechosa.

Apenas la sacaba su dueña á la ventana, se ponía á cantar, y á trinar, y á gorjear, y á llamar la atención de una manera tan poco decorosa, que no había pájaro volandero que no se detuviera en el ala del tejado ó en el balcon de enfrente, ó á la puerta de la misma jaula, á mirarla y á decirle en su idioma lo que dejó á la consideración de Vds.

Pero en esto llegaba el pájaro gordo. Aquel que destrozó las flores para estar más ancho. En fin, el pájaro de cuenta, el novio.

Y se retiraban todos.

Sin duda aquel caballero debía ser persona importante entre los suyos, porque en cuanto le veían los otros, tendían las alas y se iban sin volver la cara hácia atrás.

Era el novio de la canaria un caza-moscas de redondo pecho y de cortante pico, de ojos negros, brillantes y provocadores. Sugeto de pocas palabras, apenas respondía con un par de *pios* secos y cortados á los trinos de su amorosa compañera. Llegaba, reconocía el campo, acercaba el pico á los hierros de la jaula; la interesante prisionera le alargaba su piquito nacarado con cariñosa cortesía, y en seguida el amante se abalanzaba á las verdes hojas de escarola que constituían el alimento de su amada, se las devoraba en silencio, metía luego el pico en la jicara donde estaba el agua, y bebía á qué quieres boca. Hecho esto, los amantes se miraban, se picoteaban y se despedían, y hasta el día siguiente.

Pero hé aquí que un día se presentó en escena un señor gorrion, chiquitillo, atreviduelo y capaz de cualquier cosa. Hubo de gustarle la pájara, y sin más ni más se acerca á la jaula y la dijo en su idioma aquello de «buenos ojos tienes.» ó cosa parecida.

La canaria no se dió á partido. Cuando al día siguiente vino el caza-moscas, se lo debió de contar, porque él, muy irritado, comenzó á volver la cabeza á todos lados, así como el que tiene lo que llaman los inteligentes *escama*, y aun perdió el apetito aquel día hasta el punto de no querer escarola... ¡Oh amantes! ¡Cuántas veces los celos os hacen despreciar hasta el verde!

El gorrion volvió á la carga, y no obtuvo resultado.

El caza-moscas le sorprendió á las puertas de la jaula, quiso abalanzarse sobre él, pero el gorrion voló.

En tal estado las cosas, salió una tarde la vecina á la ventana, y apenas acababa de saludar á una señora tuerta que vivía enfrente, ó lo que es lo mismo, debajo de mi cuarto, cuando lanzó un grito y exclamó:

—¡Ay doña Ramona! ¡mire Vd., mire Vd., mire Vd.!

Y doña Ramona, como era tuerta, *medio miró* hácia donde la vecinita señalaba, que era hácia el tejado.

—¡Qué sucede! dijo como si *guiñara* un ojo.

—¡Que está ahí mi canario macho! respondió la vecina. ¡El macho de esta hembra que tengo aquí en la jaula, y que se me escapó hace unos días! ¡Mírelo Vd. cómo *piá* el pobrecito. ¡Ay, señora, qué alegría tengo! Pobrecito mio, ven acá ¡chpp! ¡chpp! ¡Ay qué mono se pone el pobrecito! ¡chpp! ¡chpp!

Y la vecina entró en su cuarto á contarle á alguien lo que sucedía.

Durante la ausencia de la vecina, que fué de cuatro minutos, ocurrió una escena lamentable.

Aquel canario era... el marido de la *canaria!*

¡Y aquel canario venía acompañado del *gorrion!*

¿Qué quería decir aquello?

El gorrion *piaba* muy de prisa, como si le contara algo al canario macho. La hembra se había arrinconado en la jaula y hacía como que bebía agua. El canario macho tendió el vuelo, llegó á la jaula, metió la cabeza por entre dos hierros, y en menos que se cuenta le dió un picotazo en el cuello á la pobre señora.

En seguida tendió el vuelo y se marchó á otra parte.

Cuando salió la vecina encontró un cadáver en la jaula, y no vió al canario en el tejado.

Todo había concluido.

Epilogo.

Dos días despues, la ventana de la guardilla no tenía ni jaula ni macetas.

El caza-moscas, distraído, alelado, fué cogido por un chico y vendido á otro en dos cuartos.

Al gorrion delator se lo comió un gato.

En cuanto á la vecina... he averiguado su verdadera profesión. Era esposa de un joven displicente, y amaba al prestamista. Hace pocos días, su marido le encontró una carta del amante... ¡y no le dijo nada!!

Comparen Vds.

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS

Un inglés de esos que son capaces de apostar su fortuna, su mujer y hasta su alma por el más leve motivo, se encontraba próximo á la muerte, cuando llegó un sacerdote á darle los consuelos de la religión.

—¿Cree Vd. que iré al cielo? preguntó el moribundo.

—Así lo espero, contestó el respetable sacerdote; usted ha sido siempre hombre de bien, y muere en gracia de Dios.

—Justamente, además me he arrepentido de todo, puedo ser algún día un ángel junto al trono del Señor.

¿No es verdad, padre?

—Sí, un ángel.

—¿Con alas?

—Con alas.

—¿Y Vd. también irá al cielo, padre?

—Así lo espero.

—¡Padre, dijo el moribundo alzando la cabeza, apostemos mil libras á quien llega primero!

Los Bufos madrileños han hecho furor en Barcelona con *El Joven Telémaco*.

Me alegro por más de un motivo.

El periódico francés *Le Soleil* da cuenta del desafío llevado á cabo entre el redactor en jefe de dicho periódico Julio Lermína, y el redactor del *Pays*, Paul de Cassagnac.

El lance tuvo lugar á las nueve y media de la mañana del miércoles 12 en el bosque de Crecy.

Las condiciones eran las siguientes:

1.º El duelo se efectuará con espada y guante de sala.

2.º El combate no cesará hasta que la herida de uno haga imposible ó desigual la lucha.

Julio Lermína salió herido en el brazo, cerca de la espalda, habiendo penetrado la espada hasta el hueso.

Los padrinos, que eran redactores de los dos periódicos, juzgaron, según informe del médico, que las condiciones del combate se habían cumplido.

Esta parte de la Exposición no estaba anunciada á los extranjeros.

En Inglaterra se ha dado un orden para modificar los exagerados vuelos que iban tomando los cuellos de camisa en los marinos.

UN VIAJE A LA EXPOSICION

PASATIEMPO



Fisonomía de un coche de tercera a las dos de la madrugada.

TEMPESTADES DE LA VIDA

(Continuación)

En lugar del centinela, inmóvil y taciturno, que guarda los castillos reales, cinco ó seis perros de pier-nas torcidas, largas orejas y ojos apacibles, acudieron á nuestro encuentro con ladridos que demostraban más regocijo que cólera.

La morada del amo participaba de la tranquilidad del paisaje.

La torre, que constituía por sí sola un edificio tan alto como el que servía de base, había sufrido tristes mutilaciones. La pizarra estaba deforme, arrugada, reducida á pedazos, cuando no á polvo. Pero para venir en su ayuda, el tiempo había tendido sobre ella una capa de musgo que, sin cubrirla enteramente, la ponía al abrigo de los calores del verano y de las lluvias del otoño. Las murallas colosales de piedra y ladrillo habían entregado su faz robusta á la intemperie de doscientos inviernos, y parecían jóvenes bajo los rayos del sol. Las altas ventanas estaban guarnecidas de pequeños vidrios, de los cuales algunos se remontaban á la época de su construcción. Aquellos, ménos puros que los modernos, reflejaban un tinte verdusco sobre las cortinas que caían detrás.

Esto es cuanto puedo decir de esta habitación; las demás me son casi desconocidas. Entré en pleno día, es verdad, pero llevo pasados treinta años en la más completa inmovilidad, y he salido en una noche profunda.

Se me instaló en un salon iluminado por dos ventanas; la una á la derecha; la otra enfrente de mí.

Por la de la derecha distinguía una hermosa línea de manzanos; era sin duda el principio de un huerto; desgraciadamente, no podía avanzar la cabeza, y no vi más.

En frente, mi perspectiva estaba limitada por el horizonte.

En este salon no habitaba solo. Tenia cerca de mí, á la izquierda, una jóven tan dulce, tan sonrosada, tan linda, que jamás criatura alguna me pareció más seductora.

Sentada en medio de los juncos al borde de un arroyo, tenia sobre sus rodillas un niño adormecido. Con una mano espantaba las moscas, y con la otra me hacía señas de no despertar al angelito.

Un corpiño de seda, de color tornasolado, aprisionaba su talle delgado y flexible.

Un pañuelo de muselina diseñaba el gracioso contorno de sus espaldas, y venia á perderse sobre su seno, que por pudor sin duda ocultaba de mí.

Su basquiña discreta descendía hasta los pies, y los ocultaba casi enteramente. Los cabellos blondos estaban anudados por una cinta.

Era, en fin, una deliciosa pastora.

Cuando la miro hoy dia, la encuentro tan linda como en aquella época, á pesar que, como yo, tiene cien años cumplidos.

Pero antes de ir más lejos, creo que una explicacion es necesaria. Se me dirá, no sin razon, que á los cien años la frescura y la belleza de una mujer no existen.

Es preciso, pues, aunque mi amor propio deba sufrir, declarar aqui la verdad. Por otra parte, tarde ó temprano, es necesario decirlo; lo mejor es acabar desde luego.

Mi pastora y yo no somos dos seres ordinarios, sino dos personajes de tapicería, nacidos por casualidad al mismo tiempo sobre la misma tela.

¡Si, de una tapicería de los Gobelinos!

Esta confesion podrá quizá disminuir nuestra importancia á los ojos de las gentes superficiales. Pero aquellos que reflexionen nos hallarán interesantes. En efecto; hay sufrimientos desconocidos para nosotros, pobres imágenes, que vemos y oímos sin poder hablar ni obrar.

El menor gusano, dotado por el creador de la facultad de moverse, se puede sustraer al peligro,—mientras que nosotros, espectadores eternos de los dramas más terri-

bles, no podemos hacer nada, condenados á la inaccion eterna.

¡Qué existencia tan absurda! Ved aqui por qué hace cien años que amo á mi pastora, y jamás he podido hablarla. Ella me ama tambien; su mirada lo prueba, y morirá sin habérmelo dicho.

Ese niño que duerme sobre sus rodillas, y que ella protege con tanta solicitud, es para mí un enigma. ¿Es su hermano, es su hijo? ¿Cómo saberlo?

¡Si es su hijo, está, pues, casada! Y no puedo ocultar mi faz ni apartar mi mirada de una mujer que no me pertenecerá jamás. Por otra parte, mi situacion no carece de encanto, pues si mi pastora está casada, el marido no me hará sombra, si, como parece, la ha abandonado para siempre.

He creído necesaria esta digresion para probar que somos inteligentes, y que comprendemos muy bien las ventajas y los disgustos de nuestra posicion.

Me resta explicar cómo he visto el gran camino, y la fachada del castillo de Loiry. Ibamos en un coche descubierto. Mi amo me desarrolló en parte para contemplarme á su sabor; mientras tanto yo, curioso y maravillado, admiraba los bellos lugares por los cuales pasábamos.

Estábamos, pues, en una galería que comunicaba con el salon, el comedor y los departamentos particulares. La más distinguida sociedad de esta época pasó por delante de mis ojos. El castellano tenia una inmensa fortuna. Las fiestas se sucedieron durante muchos años.

Después casó su hija, escogiendo para esposo el más rico heredero de aquellos contornos; y como estaba muy orgulloso con las ventajas que la suerte le había dado, invitó á toda la sociedad para asistir á la lectura del contrato.

(Se continuará.)

Tenemos escrita la biografía del Gran Sultán, que no ha cabido en este número, y que insertaremos próximamente.

* *

Una frase recogida en los toros:

En la última corrida, el segundo toro salió muy bravo.

Entusiasmado uno que estaba á mi lado, dijo:

—¡Qué toro, gran Dios! ¡Tiene la intención de un casero!

* *

A propósito de toros:

En Huesca salió en mal estado un lidiador de resultas de una cogida.

En Madrid ocurrió lo mismo con un mozo de caballos. Adelante con los faroles.

* *

Ha vuelto al palenque de la prensa nuestro apreciable colega *La Política* con los mismos bríos de siempre. La deseamos próspera fortuna.

* *

Memorias de un mendigo.

Un periódico de París anuncia la publicación de un libro con este título, debido á un pobre que ha ejercido la profesión durante 40 años, dejando al morir más de 30,000 francos.

Hé aquí algunas ideas curiosas de esta otra:

La mendicidad está prohibida, dicen los carteles en todas partes. En cambio, los libros devotos que he leído aseguran que la caridad es el camino del cielo. Suprimir los pobres equivaldría á suprimir la senda que conduce á una montaña.

Se prohíbe pedir en las calles, y todos piden en los salones,—ya una cruz, ya un destino, una cita, un poco de amor, una infamia, un préstamo, un cigarro, un elogio inmerecido, un duro, mil reales, mil duros,—todo menos dos cuartos!

Total: se prohíbe pedir poco.

Un ciego amigo mío pedía á la puerta de una iglesia, cuando una voz de ángel,—la voz de un niño,—llamó su atención.

—¡Pobrecito! decía el niño, alargándole una moneda; tome Vd., hermanito, ahí van dos cuartos, vuélvame Vd. uno.

El ciego se lo devolvió.

Por la noche, cuando su mujer contó el dinero, observó que los dos cuartos del niño eran un pedazo de caldero. ¡Oh inocencia! ¡Oh candor de la niñez!

* *

El invierno es malo para los pobres.

Pasa un caballero, se compadece del mendigo que se muere de hambre y de frío, pero es menester sacar las manos y desabrocharse el gabán...

Otra observación: cuando pido á la puerta de una fonda, muchos me dan limosna después de comer, nunca antes: ¿por qué será?

Se prohíbe pedir, pero se permite siempre que se pida con música.

Sea Vd. desgraciado, pero no lo parezca.

Siempre he creído que el permitir á un pobre que pida cantando ó tocando es una venganza en odio á las bellas artes.

Conozco un ciego que tiene un perro, y en cuanto se descuida le come la cena.

El perro es el mejor amigo del hombre. Es claro, porque los hombres son amigos á la manera del perro.

La caridad es comunicativa.

Entre Vd. en una calle pidiendo, y nadie le da un cuarto; en vano saca Vd. la voz más lastimosa del repertorio, nada. Por fin le da gana á uno de echar una moneda, verá Vd. que detrás de aquella caen siete ú ocho.

En las islas Baleares ha ocurrido un hecho que llama bastante la atención.

Un Labrador sembró cebada y le salió trigo.

Allí podrá ser notable este hecho; en la Península se ven transformaciones más raras.

Por ejemplo: coja Vd. un filósofo, siémbrelo Vd. con cuidado, y de seguro le sale un torero.

De los dos directores-fundadores de la *Revista de los ferrocarriles españoles*, se ha separado uno, y queda solo nuestro querido amigo el Sr. Pérez Cosío al frente de dicho periódico.

No le faltará trabajo; pero el Sr. Cosío no se apura por nada.

* *

Casi todos los periódicos han publicado estas líneas, refiriéndose á la estación en París del emperador de Rusia:

«Entre personas bien educadas es un deber de urbanidad lo que en España se llama pagar una visita. Pues el czar en París ha llevado este deber hasta la epopeya. Ha pagado algunas que le han hecho... á 10.000 francos.»

Pagar es; pero, en fin, de gustos no hay nada escrito.

* *

Este año empiezan con buena sombra las funciones en los Campos Eliseos.

Los conciertos de Barbieri atraen grandísima concurrencia, y la baratura de los billetes del teatro Rossini perraita á un español asistir á una función de baile, trapecios, pantomimas, música, saltos, magia, fuegos artificiales y otras bromas, por cinco ó seis reales.

No hay remedio, caballeros; es preciso matar el tiempo, y si ello ha de ser, cuanto antes mejor.

Quizá no gusten á Vds. mucho las pantomimas de Chiarini, pero tampoco me gusta á mí la frescura con que los fabricantes de papel piden un momio, y me aguanto.

¡Hemos de dar un escándalo, costando poco dinero, por pantomima de más ó pantomima de menos?

* *

Anuncios que no se anuncian.

UNA JÓVEN cuya educación ha sido descuidada, pero cuya cabellera conserva toda su frescura y abundancia, desea regalar una trenza de sus cabellos á un caballero rico que experimente la necesidad de llevar algo á sus labios. A primera vista esta joven hará dudar sobre su conducta, pero esta duda se convierte en realidad á los pocos días.

OTRA JÓVEN HUÉRFANA anhela colocarse con una familia de esas que se sienten inclinadas á tener una hija que les dé disgustos y les coma el pan. Se advierte que hay sospechas de que esta huérfana tiene un padre en la cárcel por matar á un hombre; pero el tal padre tiene mala defensa, porque lo mató con navaja.

UNA SEÑORA viuda cede un gabinete en buen uso á un caballero solo ó acompañado de algún dinero. No hay portería ni hace falta.

SE DESEA UNA PLAZA DE MAYORDOMO en una casa solariega. Dirigirse al nuevo mayordomo del conde de X, que responderá... en caso de que alguno pregunte. El mismo conde de X puede informar de cómo en una ocasión fué acusado de robo porque habiéndome quedado un día solo en su casa y no atreviéndome á dejar abandonado el servicio de plata, lo llevé al Monte de Piedad.

UNA JÓVEN INOCENTE, que por serlo tanto se casó con un anciano enfermo y rico, desea averiguar si dentro de las leyes hay medios de no vivir con su marido. Se compromete á quedarse con la fortuna del anciano como un recuerdo de su sacrificio.

UNA CONCIENCIA que se ha comido lo suyo y lo ajeno se halla hoy en la mayor miseria y desea encontrar acomodo en un carruaje particular cuyo dueño tenga plaza vacante. Para mejor garantía se advierte que habla muy bien de moralidad.

UN CABALLERO que arde en deseos de ver la Exposición de París se ofrece á acompañar á una vieja, sin más retribución que su blanca mano y una renta de diez mil duros. Sabe algo de dibujo y le han silbado una pieza.

Los quákeros se burlan de los cumplimientos que tanto se prodigan en nuestra sociedad.

Acostumbrados á no decir nunca más que lo que sienten y lo que están dispuestos á hacer, se extrañan de los mútuos ofrecimientos que en Europa nos prodiganos inútilmente, mintiendo todos á sabiendas, como un homenaje á lo que llamamos buena educación.

Sabido es que cuando nos preguntan por la salud de un pariente ó allegado, contestamos:—para servir á Vd.

Un quákeros sostuvo este diálogo con un amigo mío:

—¡Hola! ¿cómo está su esposa?

—Buena, para servir á Vd.

—¿Y su encantadora hija?

—Para servir á Vd.

—Dígame Vd., añadió el quákeros. ¿Vd. miente?

—Jamás... Por nada en el mundo mentiría yo.

—Muy bien, amigo mío; en ese caso, envíeme usted esta tarde á su hija, puesto que está para servirme. En cuanto á su mujer, que también ha puesto Vd. á mi disposición, prefiero que se quede con Vd., porque no estoy

por las mujeres casadas. Con que, hasta luego, y no se olvide Vd. de enviarme á su hija.

Y el quákeros se fué riendo de la estupefacción del europeo.

PASATIEMPO

Solución al Jeroglífico del número anterior.—Pescador que pesca un pez, pescador es.—Idem á las Charadas.—1.ª Adela.—2.ª

En casa grande y rica,
nacío Merino,
que se vino de América
siendo muy niño.
Y no es extraño
que por eso se llame
americano.

CHARADA

Es letra de poca estima,
mi prima;
es otra que mas abunda,
mi segunda,
y un animal que quisiera,
mi tercera.
Mas si bien se considera,
pronto cualquiera verá
que una ciudad nos dará
prima, segunda y tercera.

(La solución en el número próximo.)

ANUNCIOS

SOCIEDAD VINÍCOLA EN ESPAÑA

AVISO Á LOS CONSUMIDORES

En la calle de Tetuan, núm. 3 antiguo y 23 moderno, si que el despacho de los vinos tintos añejos, elaborados en las bodegas de la indicada Sociedad, bajo la dirección de Mr. Montalieu. Dichos vinos están premiados con medalla de 1.ª clase en la Exposición de Bordeaux del año de 1865, y solo se expenden en el indicado despacho, el cual nada tiene de común con cualquiera otro que se anuncie con un título análogo al de esta Sociedad.—5

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martín, calle del Lobo, número 40, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economía.

También se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc. etc.

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chagren, becarrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construcción alemana. Precios moderados.

CORSES FRANCESES

INTERESANTE Á LAS SEÑORAS.

La acreditada fábrica LA UNIVERSAL, de París, ha establecido el depósito de sus excelentes corsés en LA PALMA, comercio de sedas, calle del Príncipe, núm. 41. En esta casa hay siempre un abundante surtido, desde los sencillos de 16 y 20 rs., hasta los lindos á la emperatriz de 50, 60 y 80.

ANTIGUA FABRICA DE CORBATAS

19.—CARRETAS.—19.

Las personas de gusto hallarán en este acreditado establecimiento la alta novedad en corbatas para señora y caballero.

Corbatas blancas bordadas y negras de gró de nuestra fábrica especial.

Guantes y corbatas para uniforme, y otros artículos.



CON REAL PRIVILEGIO
DE INVENCION.

ÚLTIMO ADELANTO.

Limas químicas é higiénicas del pedicuro ó callista Taverner, en su gabinete de curación, calle de la Montera, número 19, entresuelo. Recibe cura, facilita los remedios, y dá prospectos de 8 á 44 de la mañana, y de 4 á 6 de la tarde. Los precios en el prospecto.

Nuestra nunca bastante bien ponderada lima cura, preserva y evita la reproducción de los callos, ojos de pollos, escrescencias y durezas. Es una verdad, y por lo tanto se recomienda por sí misma como precisa, necesaria é indispensable para todos los que padezcan de los pies, y también muy útil para los que teniéndolos buenos quieran preservarlos y conservarlos siempre en su más completa aptitud. Vale 10 rs. con estuchito y la instrucción para su uso. Se hallará en las principales peluquerías, papelerías y zapaterías de esta corte.

Editor responsable, D. JOSÉ PÉREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.